



Amistad a prueba de egos. "No sois más que una banda de insignificantes vanidades literarias", dirá Kerouac a Ginsberg en 1952, como se recoge en

Dos 'beatniks' alzados co

Jack Kerouac y Allen Ginsberg fueron dos de los escritores fundamentales de una generación indómita. A los 100 años del nacimiento del autor de la

Lo primero fue la música. El chasquido de las trompetas y saxos, reptando por el suelo de los garitos del Village y Harlem. Los blues de Dizzy Gillespie y Charlie Parker, los lamentos de Billie Holiday, Dexter Gordon y Lester Young bajaban por las calles de Manhattan hasta lamer las botas de los primeros vagabundos con chupa de cuero. Jack Kerouac, con mandíbula de galán en un western mudo y chasis de jugador de fútbol americano, tenía entonces 22 años.

Entre finales de los 40 y los primeros 50 un puñado de chavales blancos de clase media, enrolados en la universidad de Columbia, quedan prendados de la cultura negra. Varios de ellos formarían la Generación Beat. Una tribu en movimiento, de poetas y forajidos budistas. El nombre lo popularizó el propio Kerouac, el gran prosista del grupo, consagrado con la salida de *En el camino*, su novela de 1951, publicada seis años más tarde. Un chupito de carretera ametrallado con el fraseo de un solo de *bebop*. Después llegaron artefactos termonucleares como *Los subterráneos*, del 53 y publicada en 1958, o *Los vagabundos del Dharma*, escrita y editada en el 59, preñada de visiones de una naturaleza en cinemascopé.

Al bueno de Kerouac, que había nacido el 12 de marzo de 1922, lo había licenciado la Marina en el 43 con un diagnóstico de esquizoide e irreductible pasota. Dedicó el resto de los 40 y 50 a empaparse de poesía, conspirar con Ginsberg, Burroughs y otros locos divinos y ponerse hasta arriba. Profundamente creyente, aventurero y retraído, enmadrado y locuaz, fue una contradicción con patas. Toleró con pesar las exigencias de una celebridad



Aventurero, libérrimo, creyente y contradictorio, es un escritor fundamental de la contracultura

Jack Kerouac, un siglo en la carretera

por JULIO
VALDEÓN

fotografía
de ELLIOT
ERWITT
MAGNUM

de la que abominaba. Escribía para encontrar y reventar los pliegues de la América del viejo Eisenhower. En sus libros la red de autopistas, concebida para forjar un país de suburbios y lavadoras, muta en lanzadera de pulsiones kamikazes.

Sólo los mayordomos del cementerio, convencidos de que suyas son las llaves del reino litera-

rio, insisten en considerarlo un simple mecanógrafo. Con su escritura sincopada y sus camisas de leñador, Kerouac, que palmó con 47 años en un trino de sangre, comido de cirrosis, deja un puñado de novelas surcadas por la poética de los mejores Estados Unidos, cuando el cronista de la carretera, colocadísimo de bencedrina, puestas de sol, gasolina, cerveza y coños, escribe a machetazos sobre «la gente que está loca, la gente que está loca por vivir, loca por hablar, loca por salvarse, con ganas de todo al mismo tiempo, la gente que nunca bosteza ni habla de lugares comunes, sino que arde, arde, arde como fabulosos cohetes amarillos explotando igual que arañas entre las estrellas y entonces se ve estallar una luz azul y todo el mundo suelta un "¡Ahhh!".» Esa gente, y ese escritor, que ahora cumplen 100 años. **L**



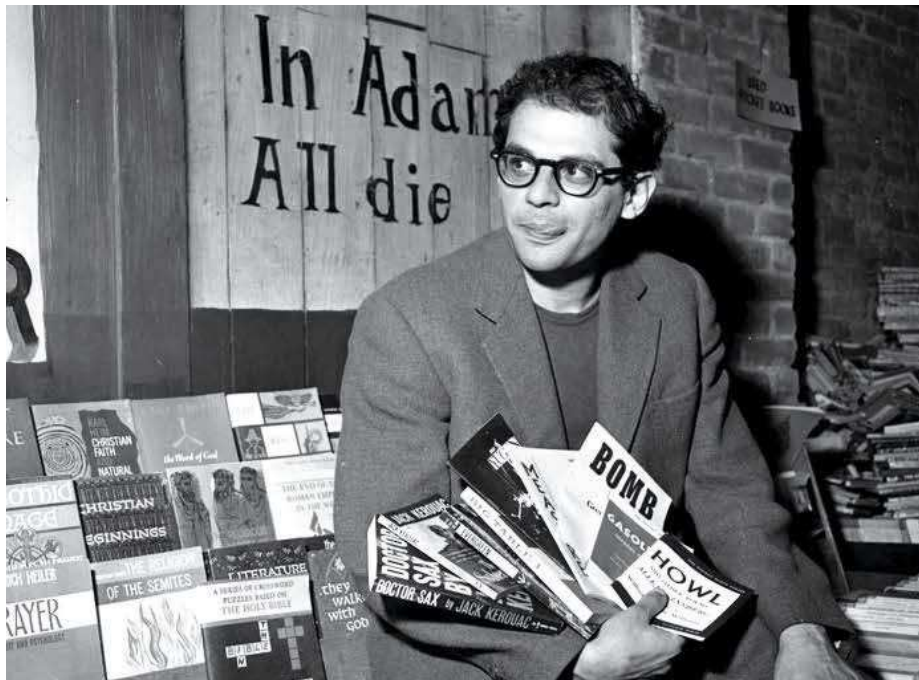
el epistolario publicado por Anagrama en 2012, que reúne una nutrida correspondencia que abarca de 1944 a 1969. Sin embargo, más allá de puntuales

desencuentros, ambos escritores intercambian durante 25 años afecto, poemas, dudas, sugerencias y consejos, desde los márgenes de una socie-

dad a la que contribuyeron a cambiar a fuerza de rechazarla. Una amistad genuina que logró sobrevivir a los egos de dos figuras clave del siglo XX

Contra el 'sueño americano'

volcánica 'En el camino' y 25 de la muerte del poeta que escupió 'Aullido', sus obras todavía electrocutan, como fascina su turbulenta forma de vida



El aguijón que atravesó el cutis bronceado de la complacida sociedad estadounidense en 1956 se llamó *Howl* y aún escuece. Aquel aullido, que se fue propagando como un vendaval, se convirtió en un himno y desde entonces es conocido y jaleado por todos los que se asoman, aunque sea sólo por unos instantes, al vértigo de la vida: «Vi las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura, hambrientas histéricas desnudas, / arrasándose por las calles de los negros al amanecer en busca de un colérico pinchazo...».

En estos dos primeros versos, estaba todo: la miseria, la droga, la soledad, el ansia, el desequilibrio, el extrarradio... La desesperación. Allen Ginsberg (1926-1997) acertó con la nota discordante en un universo con una partitura aburrida y complaciente antes de que llegara el temporal

Poeta intuitivo, sus versos mostraron el envés del país más poderoso y siguen asombrando

Allen Ginsberg, el aguijón contra la complacencia

por **MANUEL LLORENTE**

fotografía de **JOE ROSENTHAL**
SF CHRONICLE

de los 60. «Daba por descontado que no me lo iban a publicar y por tanto podía decir lo que me diera la gana», confesó a *The Paris Review* en 1965. «Se trata de escribir de la misma forma en que uno... ¡es! ¡De cualquier forma!».

Aquel grito no fue una salva al aire. Lo coreaban a la vez Jack Kerouac, William Burroughs, Philip Lamantia, Gregory Corso, La-

wrence Ferlinguetti... Precisamente fue este último, marine antes que dueño de la librería City Lights de San Francisco y luego editor, quien vio al vuelo la garra del libro y se lo publicó. «Nunca había escuchado nada igual», dijo al oírlo recitar en 1955. El calvario llegó luego, pues la policía irrumpió en el local y el libro fue denunciado por obscenidad. El escándalo, sin embargo, propagó el eco de los versos de aquel joven judío, inconformista y homosexual. El próximo 5 de abril se cumplirán 25 años de su muerte.

Llovía sobre mojado. A Ginsberg, expulsado de la Universidad de Columbia en 1949, le resbalaba casi todo; pero no la muerte de su madre, tantas veces zarandeada en centros psiquiátricos. La elegía *Kaddish* y otros poemas (1961) demostró que no fue poeta de un solo libro: «*Durante largas noches cuando niño en el departamento de Paterson, vigilando tu nerviosismo -estabas gorda- tu próxima movida*»).

El rastro de Ginsberg hay que seguirlo desde la poesía abierta y de largo aliento de Walt Whitman, desde sus delirios sobre el visionario William Blake, pero también por los lienzos de Cézanne, la travesía nocturna de Céline, la rabia de Jean Genet...

Acabó siendo un santón calvo de barba asilvestrada que se acercó al budismo, un viajero pertinaz que frecuentó vía el LSD y todo tipo de drogas universos imaginables, un líder de la contracultura que se sentaba en los parques para protestar contra la guerra del Vietnam, un bardo intuitivo que recitaba como un iluminado... Y también «un embaucador maravilloso y probablemente la voz poética más extraordinariamente influyente en EEUU desde Whitman» (Bob Dylan). **L**